

pleando lo demás en abundantes larguezas á los necesitados. Créese, por lo tanto, que no escribió directamente esta obra para ella, pues habla á los monjes que habian renunciado á todos sus bienes; pero que le envió una copia por lo mismo que practicaba con la mayor perfección esta virtud que con tanto celo recomienda.

Dice en primer lugar el Santo que habia escrito contra los monjes que se habian relajado en la observancia de la pobreza primitiva, de que tan bellos ejemplos habian dejado los antiguos, y que en este tratado se proponia alabar y animar el fervor de los que la practicaban con entera fidelidad. Distingue despues tres grados de pobreza: el primero, que consiste en abandonarse enteramente en manos de la Providencia: el segundo, en que se trabaja por tener lo necesario, y el último, ó sea el de los religiosos relajados, en el cual, despues de haber dejado los bienes del mundo, se vuelve nuevamente á las solicitudes que proporcionan las posesiones adquiridas, y que no constituyen una verdadera pobreza.

Pone en el primer rango á aquellos de quienes habla san Pablo en su Epístola á los Hebreos *de quienes no es digno el mundo, que andan cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, descaminados por los desiertos en los montes, y en las cuevas y en las cavernas de la tierra*<sup>1</sup> y que se alimentan de los frutos de la tierra, ó de lo que la Providencia les ofrece milagrosamente, como hizo con Elías á quien enviaba alimento por medio de un cuervo. « Estos Santos, dice, no tenían casa, ni hogar, ni vestidos para remudarse, ni morada fija; sino que pasaban la noche en el paraje en que se encontraban. » No puede alabarse suficientemente, añade, un desprendimiento tan perfecto: así es que, cuando fijamos nuestra atención en él, nos sentimos á muy larga

<sup>1</sup> Habac. xi, 29-30.

distancia de tanto herosimo. En efecto, nosotros tenemos todos los dias algo que comer, vestidos para cada una de las estaciones, una celda que nos pone á cubierto de las inclemencias del tiempo, y dinero para procurar nuestra subsistencia; ¿ como podemos compararnos con ellos? ¿ en qué está nuestra igualdad? Ellos no tenían ni aún deseo de las cosas del mundo, que impidiese á su corazones elevarse á la contemplación de las cosas divinas. Puede decirse que sólomente sus cuerpos estaban en la tierra, y esto por necesidad: pues sus pensamientos y afectos estaban siempre fijos en los bienes del cielo. Así que les costaba trabajo entregarse á las necesidades del cuerpo, y consideraban como perdido el poco tiempo, los cortos instantes que tenían que dedicar á ellas. Cumplian, pues, exactamente el consejo de Jesucristo: *No poseáis oro ni plata, ni dinero en vuestras fajas: no alforja para el camino, ni dos túnicas, ni calzado, ni baston*<sup>1</sup>. Pues como dice el Apóstol san Pablo: *Teniendo con que sustentarnos y con que cubrirnos, contentémonos con esto*<sup>2</sup>, *Todo el que quiere ser buen soldado de Jesucristo, debe militar para Dios, y no embarazarse en los negocios del siglo, á fin de agradar á aquel á quien se alistó*<sup>3</sup>.

Aún cuando san Nilo alaba mucho esta pobreza perfecta, no quiere, sin embargo, que, so pretexto de practicarla, se dispense nadie de trabajar. Es una grandísima perfección entregarse en manos de la divina Providencia y esperar de ella la satisfacción de todas las necesidades; pero esta confianza no debe favorecer la inacción de los perezosos, que, con pretexto de entregarse incesantemente á la oración, se creen dispensados de los trabajos manuales. Es preciso, dice, distinguir la oración continua

<sup>1</sup> Mat. x, 9-10.

<sup>2</sup> I Tim. vi, 8.

<sup>3</sup> II Tim. ii, 3-4.



de los Santos, de la pereza de los contemplativos ociosos. Había, en efecto, algunos monjes, que se dejaban llevar de esta ilusión, como hemos visto en la Vida del abad Silvano<sup>1</sup>, y san Nilo cita á un Adelfo de Mesopotamia y á un Alejandro, que turbaron la ciudad de Constantinopla, con esta doctrina desconocida hasta entónces: doctrina que inculcaba hasta á la gente jóven que se consagraba incessantemente á la oración, lo cual tiene el peligro de que el reposo fomente las pasiones en vez de mortificar el cuerpo con los trabajos manuales. « Sucede de ordinario, dice, que estas pretendidas oraciones están muy léjos de ser buenas, porque la imaginación se recarga de imágenes fomentadas por la concupiscencia, y no puede ocuparse de Dios como debe, ni entrar en colloquio con él. Es verdad que es una práctica muy excelente el perseverar en la oración y conversar con Dios por medio de afectos interiores; pero por esta misma razón la oración, que es un ejercicio de paz con Dios, no debe convertirse en una lucha con el alma, prolongándola más allá de sus juntos límites, y abriendo, con una ociosidad mal entendida, la puerta á las pasiones enemigas. No, no es ésta la manera de hacer la oración: se debe procurar llevar á ella un espíritu tranquilo, un espíritu no agitado por las pasiones, fomentadas por la ociosidad y pereza de estos falsos contemplativos. »

El segundo grado de pobreza voluntaria de que habla san Nilo, consiste en ganar la subsistencia con el trabajo manual empleando el tiempo restante en la oración y otros ejercicios espirituales. Quiere, pues, este Santo, que el cuidado del alma sea la principal ocupación del monje; pero no quiere que esto sea un pretexto para descuidar el cuerpo; sino que juzga, por el contrario, que debe trabajarse

<sup>1</sup> Cuando se fija la atención en las palabras de san Nilo, se vé que el error de los Quietistas no es nuevo; sino que los Santos lo vienen combatiendo desde los tiempos más remotos.

para sostenerlo, de manera que la principal ocupación sea la oración y la salmodia, y la solicitud corporal la segunda. De otra manera se viviría según la carne, en contra del precepto del Apóstol.

Ahora bién, como los solitarios vivían muy frugalmente, no necesitaban trabajar mucho tiempo para atender á sus necesidades materiales. Practicaban una grande pobreza, y se alimentaban como los más pobres: así es que el Santo no considera el trabajo sólamente como necesario para su subsistencia, sino como muy adecuado para mortificar la carne y domar las pasiones.

« Tal fué, añade, la pobreza de los Santos. La que hemos puesto en el segundo grado no deja de ser muy buena y excelente, por más que no iguale en perfección á la primera. Los que han practicado ésta, se consagraban únicamente á Dios y al cuidado de su alma: no prestaban casi ninguna atención al cuerpo: no hacían provisiones, y tenían su granero en la voluntad de Dios. Los segundos, prestando un cuidado racional al cuerpo para sostenerlo y que no sucumbiese, dividían el tiempo entre el trabajo y la oración, dando al trabajo todo lo que exigen las necesidades corporales, y consagrando el tiempo restante á la oración, á la lectura y demás ejercicios corporales, en lo cual nada hay que no sea bueno y conveniente.

Hay una grande diferencia entre estos monjes y aquellos otros que se fijan en el tercero ó cuarto grado de pobreza, los cuales se pueden considerar como hombres seculares y carnales. Cultivan los campos, tienen bestias de carga, y trafican. No se contentan con lo necesario, sino que quieren igualarse á los que viven en la opulencia: ya que no pueden alcanzar la estimación de los hombres por su vida mortificada y edificante, quieren hacerse recomendables por su fasto y ostentación. Pero no ven que es una locura buscar la estimación en una conducta censurable, y que en lu-



gar de conseguir las consideraciones que pretenden, se hacen objeto de risa y desprecio.

¿ Como pueden, en efecto, conciliarse en un mismo hombre cosas tan opuestas, cuales son la renuncia al mundo y el espíritu del mundo, la pobreza y el afán por los bienes, la profesión de no aplicarse más que á la santificación del alma y á las cosas espirituales, y el deseo de las cosas terrenas, el desprendimiento del mundo y la solicitud por los negocios del siglo ? Los que son verdaderamente pobres, aunque hayan dejado poco, han dejado todo lo que tienen. Los otros, por el contrario, al entrar en la religión, parecen no haber traído otro objeto, que hacer adquisiciones más ó menos considerables. Aquellos experimentan en el reposo de su celda la paz interior y los beneficios de su estado ; estos, por el contrario, agitados por la solicitud de los bienes, se hallan en continua lucha. Aquellos combaten, es cierto, pero lo hacen legítimamente y contra enemigos invisibles : estos combaten también, pero por adquirir y aumentar los bienes terrenos. Aquellos emplean la vida en la salvación de su alma ; estos, abrumados por las ocupaciones temporales, no tienen lugar de ocuparse en su santificación. Aquellos no se ocupan en los negocios temporales, y se afanan por que todos glorifiquen á Dios ; estos, por el contrario, sirven de escándalo por su mala conducta. »

« ¿ Ay ! vosotros los que habeis abrazado la cruz de Jesucristo, y lo habeis abandonado todo por seguir á este divino Maestro, no desmayeis ; seguid constantemente sus huellas, pues debeis amarle mucho más que todo lo que habeis dejado. Habeis muerto para el mundo, y estais sepultados con Jesucristo : no vivais en adelante para vuestras pasiones, ni os entregueis á los cuidados temporales, que no harán más que fomentarlas. Preciso es que cuideis de vuestro cuerpo, puesto que se halla unido al al-

ma, y participa de su mérito en los ejercicios de la piedad ; pero procurad que este cuidado sea discreto, y que nunca sea un obstáculo que impida al alma progresar en la virtud. »

Recomienda, por último, san Nilo en este tratado, juntamente con la pobreza voluntaria, las demás virtudes religiosas, como son la dulzura, la paciencia, la caridad, la mortificación, la humildad y la obediencia. El otro tratado, en que examina si el estado de los monjes que viven en el desierto es preferible al de los que moran en las ciudades, no contiene nada interesante para nosotros. Se decide en favor de los primeros, y confirma su opinión con el ejemplo de Elías y Eliseo, que abandonaron la Judea para retirarse al Carmelo : con el de san Juan Bautista que prefirió el desierto á Jerusalem, y con el del mismo Jesucristo, que dejaba las muchedumbres para retirarse á lugares solitarios, y que dio á Maria la preferencia sobre Marta. Añade que en el desierto es más fácil desprender el espíritu de las cosas terrenas, y consagrarse á la oración con más recogimiento, lo cual es más embarazoso en las ciudades, en donde basta abrir los ojos para que penetre en el espíritu una multitud de objetos inútiles.

Dirige dos tratados á Epicteto : el primero de los cuales contiene diversos consejos para los que han abrazado la vida monástica, ó se proponen entrar en ella, y el otro una oposición entre los vicios y las virtudes. Epicteto era indudablemente un monje, ó á la ménos, pretendia serlo, y así es que la primera regla que le dá san Nilo es que renuncie á sí mismo.

« Es preciso, dice, que los que quieren abrazar este estado celestial, no busquen los placeres de la gula, ni se mezclen en las cosas temporales, sino que abracen animosamente los trabajos de la penitencia y el combate espiritual. El primer combate que tienes que sostener es la



renuncia á tu patria, á tu familia, á tus riquezas, y debes hacerlo con generosidad, cual corresponde á un soldado de Jesucristo. Si empiezas por esta renuncia, y sostienes este primer combate con constancia y paciencia, está seguro de que subirás pronto á Dios, y de que tu alma se elevará al cielo con alas doradas por la virtud, cual la paloma de que habla el Real Profeta<sup>1</sup>. No creas, empero, que todo está hecho con esta primera victoria : espéra sostener otros combates, y ármate con la virtud de la fortaleza : pues esta virtud nunca se necesita tanto, como cuando se está en lucha con los enemigos de la salud, y no consiste sólo en hacer lo bueno, sino en superar los obstáculos, que á él se oponen, y en resistir vigorosamente á los que nos impugnan. »

Tienes también que combatir el orgullo y la vana gloria, y hacerlo con ánimo esforzado. Recuerda para ello, que la verdadera virtud no busca las alabanzas de los hombres ni la gloria frívola de sus aplausos, lo cual es un manantial emponzoñado de males para el alma ; porque la vana complacencia hincha nuestro corazón, y esta hinchazón produce el orgullo. Cifra toda tu gloria en practicar la virtud, y considera como digna de desprecio la que procede de los hombres. Tú que has renunciado al mundo, renuncia también á la gloria del mundo : porque mucho más grande es la que te puede resultar de la práctica de la virtud. Los que corren en pos de los aplausos, de la reputación y de la estima de los hombres caen muy fácilmente en los lazos de la envidia, de las aversiones y de los odios contra aquellos que ven más elevados. Léjos de amar y de sufrir con paciencia los desprecios, como exige la humildad, no pueden soportar las deferencias que se hacen á los demás : quieren siempre ser los primeros, y llevan su pa-

<sup>1</sup> Ps. LXVII.

sión hasta el extremo de considerar la humildad como una bajeza, y de mirarla con desprecio. »

« Puede decirse del que se halla en estas disposiciones, que es esclavo de muy malos y despóticos señores : del orgullo de corazón, de la envidia, de la ambición y de los espíritus malignos. Por el contrario, el que combate con las armas de la humildad la loca pasión de los honores mundanos, triunfa de todas las legiones infernales, y anonadándose con verdadero sentimiento de humildad, se hace semejante á Jesucristo, que se anonadó hasta el extremo de tomar forma de siervo. »

Le dice despues, que debe tener muy bajos sentimientos de sí mismo : que debe rechazar todo movimiento de venganza, y no dejarse abatir en el tiempo de la tribulación. A seguida de estas instrucción demuestra cual debe ser la vida del religioso : le recomienda que asista á las asambleas : que distribuya el tiempo entre el trabajo y la oración : que sea dulce para con sus hermanos y fuerte contra las pasiones : que sirva á Dios con temor y amor : que combata la concupiscencia con una absoluta renuncia de todas las cosas : que vigile constantemente sobre los sentidos según las reglas de la piedad, y que se acuerde de los pecados de que ha hecho penitencia, para que se duela de ellos y se humille.

#### CONTINUACION DE LA DOCTRINA ESPIRITUAL DE SAN NILO

No hablaremos de lo que dice san Nilo acerca de los pecados capitales, porque hemos tratado esta materia al ocuparnos de la doctrina espiritual de los solitarios de Egipto, fundándonos en lo escrito por Casiano. Bastará consignar algunos de sus avisos, principalmente acerca de la oración, y dar algunos extractos de sus cartas que son muy numerosas.



Hé aquí algunas de sus sentencias :

- 1ª La confesión de las faltas es el principio de la salud.
- 2ª El mejor amigo es el que alimenta nuestra alma.
- 3ª Es preciso alabar á Dios con palabras, servirle con obras, y adorarle con pensamientos y afectos interiores.
- 4ª La ciencia y la integridad de las costumbres hacen al buen sacerdote.
- 5ª Es necesario enseñar á los demás la virtud por medio de la palabra ; pero es más necesario aún manifestarla con las obras.
- 6ª El odio y la maledicencia dañan más á los que los tienen, que á aquellos á quienes se dirigen.
- 7ª De la misma manera que el vino dá fuerzas al cuerpo, la palabra de Dios fortifica el alma.
- 8ª Si quieres agradar al mundo, te harás semejante á él.
- 9ª Nuestra lengua y nuestros oídos nos exponen á grandes peligros.
- 10ª Huye las alabanzas ; pero procura que nadie pueda reprenderle.
- 11ª Dá gracias al Señor en tus aflixiones, y él te consolará.
- 12ª Fija tu atención en tus acciones, más bien que en las de los demás : pues de ordinario somos culpables de las mismas faltas que censuramos en otros.
- 13ª Hazte familiares las oraciones de los Salmos : pues el nombre de Dios que en ellos se repite con tanta frecuencia ahuyenta á los demonios.
- 14ª Acuérdate de Dios, y ofrécele tus aflixiones.
- 15ª Vigila sobre tus ojos, pues de lo contrario, te hará traición su movilidad. Habla con circunspección : pues muchas veces decimos cosas que sería mejor callar.
- 16ª Dá al cuerpo, no lo que desea, sino lo que necesita.
- 17ª Si tienes riquezas, haz que de ellas participen los pobres : si no las tienes, no las desees.

- 18ª Cuando estés en la iglesia, representate que estás en el cielo : no hables ni pienses en ella cosas de la tierra.
- 19ª Frecuenta la iglesia, y se calmaran las agitaciones que el mundo produzca en tu alma.
- 20ª Mira las cosas de la tierra como muy pasajeras, y por consiguiente, no te entregues á la desolación, cuando las pierdas.
- 21ª Cuando ores, levanta tu espíritu á Dios : si alguna distracción lo disipa, sujétalo tan luego como la percibas.
- 22ª El espíritu humano no puede estar sin pensar en alguna cosa. Desecha, pues, los malos pensamientos, y no admitas más que los buenos.
- 23ª En las enfermedades acude más bien á los médicos del cielo que á los de la tierra.
- 24ª Regocíjate en la humillación : por que la humildad es una virtud eminente, cuyos fundamentos son tan sólidos, que no pueden faltar.
- 25ª Considera la excelencia de los bienes del cielo, y te desprenderás de los de la tierra : pues no hay comparación entre unos y otros.
- 26ª Mira los malos pensamientos como una semilla ponzoñosa arrojada por el demonio en tu alma : de este modo te librarás de la semilla y del enemigo que te la ofrece.
- 27ª Cuando trabajes, santifica tu obra con la oración. La lengua debe entónces entonar cánticos, y él espíritu elevarse á Dios : porque es muy justo que en cualquiera cosa que hagamos nos acordemos de él.
- 28ª Los Santos se conocen por sus obras, como los árboles por sus frutos.
- 29ª Cuando te se diga alguna injuria, piensa si habrás dado lugar á ella. Si no tienes nada de que reprenderte, haz tanto caso de la injuria como del humo.
- 30ª Cuando sientas envidia de la opulencia, del esplendor y del poder de los grandes del mundo, fija tu atención



en la fragilidad de todas estas cosas, y dejarán de impresionarte.

31<sup>a</sup> Sufre con paciencia las tribulaciones; pues las virtudes crecen en medio de ellas, como las rosas entre las espinas.

32<sup>a</sup> Nada hay comparable á la virtud, que es imágen de Dios, é inmutable como él.

33<sup>a</sup> El que es humilde lo es con todo el mundo: si hay distinción de personas, no hay verdadera humildad.

34<sup>a</sup> Dá siempre un lugar preferente á la caridad para con el prójimo, siempre que se halle fundada en el amor de Dios.

35<sup>a</sup> Avisa caritativamente al que peca; pero no te conviertas en su acusador: pues esto es hacerle una injuria; mientras que el aconsejarle es una obra de caridad.

36<sup>a</sup> Cuando corrijas á alguno, no lo hagas con altanería, ni sin motivo; pues te harías culpable de orgullo y soberbia.

37<sup>a</sup> Lleva una vida pura, y te hallarás en disposición de reprender á los que pecan.

38<sup>a</sup> Asiste á la iglesia, cuando la religión te llama, y además, en todo tiempo haz un templo en tu alma, en el cual afrezcas á Dios un sacrificio perpetuo.

39<sup>a</sup> Cuando tengas que reprender al pecador, emplea siempre palabras de dulzuras. De esta manera ablandarás, por decirlo así, sus oídos, y moverás su corazón.

40<sup>a</sup> Esfuérgate incesantemente en hacer buenas obras, no sea que te sorprenda la muerte, y no hayas completado la obra de tu santificación.

41<sup>a</sup> Si has tenido la desgracia de contraer un hábito malo, procura destruirlo poco á poco, y llegarás insensiblemente á arrancar esta mala espina de tu corazón.

42<sup>a</sup> Cuando Dios te envíe alguna aflixió, guárdate de murmurar: pues él te castiga como buen padre, y tú debes bendecirle por la gracia que te dispensa.

43<sup>a</sup> Representate los motivos de gozo ó de tristeza de esta vida como una sombra ó como una rueda: la sombra se desvanece, y la rueda no hace más que dar vueltas.

44<sup>a</sup> No desees los bienes de este mundo, los cuales poseemos muy pasajera, y muy pronto perdemos.

45<sup>a</sup> Léjos de envidiar la felicidad aparente de los que el mundo considera como dichosos, despréciala, y compadece á los que se hallan en desgracia.

46<sup>a</sup> Animate á la paciencia en las tribulaciones con el ejemplo de los mártires: porque hemos de ser juzgados según los sentimientos de nuestra conciencia.

47<sup>a</sup> Prefiere á todas las cosas del mundo la salvación de tu alma, y caminarás más fácilmente por los senderos de la virtud.

48<sup>a</sup> Sufre con valor los trabajos de esta vida, que un día han de formar tu corona.

49<sup>a</sup> Ama á Dios sobre todas las cosas. Si das la preferencia á las criaturas, claro es que las estimas más que al Criador, y te harás indigno de su misericordia.

50<sup>a</sup> ¡ Desgraciado el impio! ¡ desgraciado el blasfemo! ¡ desgraciado el que comete injusticias, el avaro, el perezoso, el soberbio, el impúdico, el calumniador, el que busca los placeres de la tierra, el hipócrita! Dios manifestará un día su malicia; le cubrirá de confusión: le juzgará, le condenará, y le castigará eternamente. ¡ Bienaventurados, por el contrario, los que triunfan de la voluptuosidad, los que marchan por el camino estrecho, los que practican la virtud con pureza de corazón, los que proceden con sencillez y rectitud, los que se ejercitan en la oración, en buenas lecturas y en obras santas! Se harán terribles al demonio: serán juzgados de una manera diferente que el mundo: no morirán, sino que pasarán de esta vida de miserias á la vida de la gloria: serán coronados y entrarán triunfantes en el reino de los cielos.